

# la resurrección de Jesús en la vida del cristiano

## LA RESURRECCION, OBJETO PRIMARIO DE NUESTRA FE Y FUNDAMENTO DE NUESTRA ESPERANZA

“No seas incrédulo, sino creyente...” (Jn 20,27). Este es el gran imperativo que Cristo resucitado, tras haber cedido a sus condiciones, dirige al apóstol Tomás, obstinado en su duda. También estas palabras siguen resonando hoy entre nosotros con toda su inmediatez.

Jesús no vino para maravillarnos con su poder, sino para resucitarnos y darnos su propia vida; para ello exige una fe que es esperanza y unión personal con El: “Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos reengendró a una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo... Por El creéis en Dios que le resucitó de entre los muertos y le dió la gloria, de manera que en Dios tengamos nuestra fe y nuestra esperanza” (IP 1,3.21). Aquí radica la situación misteriosa del creyente en el mundo. Por una par-

te, Cristo permanece oculto al mundo; por otra, su luz se refleja e ilumina al cristiano llenándolo de verdadera alegría: “Pero vosotros me vereis, porque yo vivo y vosotros vivireis” (Jn 14,19). Esta relación vital es la impronta del Cristo viviente en nuestra vida. Si Cristo no vive, la fe no es más que una pura ilusión alienante y absurda. Pero si ha resucitado, nuestra fe es real, es una comunión de vida con El y da sentido a toda nuestra existencia. Esta es la tesis del capítulo 15 de I Cor., ya citado en numerosas ocasiones.

Crear, afirmar que Jesús, muerto en la cruz, vive, es el desafío que el cristiano lanza al mundo todos los días y en todo momento. Más que de un desafío se trata de una victoria plena e irreversible sobre el mundo: “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Y quien es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (I Jn 5,4-5). Es por este mismo motivo por el que el creyente ha de estar preparado

siempre para dar razón de su esperanza a quienes se la pidan (IP (2,15).

Como contrapartida, el incrédulo afirma que Cristo no ha resucitado: esta negación radical es el núcleo de todo anticristianismo. Por eso, también a cada uno de nosotros, en estos tiempos de confusio-nismo, dudas, deserciones, materialismo y hasta de persecución, nos repite S. Pablo aquellas palabras que escribiera a Timoteo: "Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos" (2 Tim 2,8). La actitud cristiana está marcada por la tensión entre la resurrección y la parusía, presente experimentado en la fe y futuro ansiado en la esperanza.

Cristo resucitado se manifiesta personal y físicamente a algunos de sus discípulos y ante sus apóstoles, que quedan definidos como "Los que han visto al Señor". Sobre este mismo motivo Pablo fundamenta su título de Apóstol: "¿No he visto a Jesús nuestro Señor?" (I Cor 9,1). El haber sido testigo de la resurrección será criterio de elección de un nuevo apóstol (Act 1,22) y el gran argumento o "slogan" de predicación: "A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos" (Act 2,32). Y junto a este grito, el objeto del hecho: "No hay bajo el cielo ningún otro nombre dado a los hombres, por el que podamos ser salvos" (Act 4,12).

Así pues, tanto para los Apóstoles, como para sus sucesores, como para nosotros, es Cristo por el don del Espíritu el que infunde la fe. Para todos existe la misma distancia entre la aprehensión humana y la fe, entre Jesús y el Señor. Sin las palabras de Jesús recogidas por S. Juan y puestas al final de su evangelio, habríamos considerado

a los Apóstoles y a los testigos directos como privilegiados; sin embargo, es a nosotros a quien declara bienaventurados. Esto nos hace comprender el lugar que ocupa el testimonio de la Iglesia, que trae hasta nosotros el de los Apóstoles, y la necesidad de la docilidad interior que nos abre a la acción del Espíritu Santo. De generación en generación la fe ha sido custodiada y transmitida. Cada papa, cada obispo, cada cristiano es un eslabón de esta cadena que desde la mañana de Pascua hasta hoy repite la Buena Nueva: Cristo vive; el pecado ha sido vencido; se ofrece al mundo la salvación. Este es el mensaje que hemos recogido de la palabra y la sangre de los Apóstoles y de los primeros discípulos, testigos oculares.

Pero creer en la resurrección de Jesús no es solamente admitir un hecho, por muy extraordinario que sea, sino entregarse a través de esta certeza a la persona de Cristo. En esto está la eficacia de la fe. S. Pedro nos asegura que es ella la que nos une a Jesucristo, "a quien amais sin haber visto, en quien ahora creéis sin verle, y os regocijais con un gozo inefable y glorioso, recibiendo el fruto de vuestra fe, la salud de las almas" (IP 1,8-9). Y esto es lo que el Señor pide a los suyos: "Creed también en mí" (Jn 14,1). Su condición gloriosa lo constituye en "autor y consumidor de nuestra fe" (Hb 12,2).

¿Cómo expresar esta relación y unión personal entre el creyente y Jesucristo? La parábola del Buen Pastor hace que nos formemos una idea bastante exacta: "Yo conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí" (Jn 10,14); pero este conocimiento se profundiza infinitamente: "Como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre" (v.

15), indicándonos así lo que representamos para El: En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros" (Jn 14,20); "Si me habeis conocido, conoceréis también a mi Padre. Desde ahora le conocéis y le habeis visto" (Jn 14,7). Estos textos impresionan, pues hacen que nos veamos dentro de las mismas relaciones trinitarias. Esta fe viva da gloria a Dios y nos hace partícipes de la resurrección del Señor que nos salva (Rom 4,18-25).

Tomar conciencia de la omnipotencia de Dios que realiza este designio de supremo amor, y que es fidelidad y entrega, atenta al menor esfuerzo del hombre y respetuosa de su libertad, y que lo eleva hasta hacerlo partícipe de su propia vida, es lo que da gloria a Dios y lo que manifiesta el por qué creer en la resurrección de Jesús no es sólo admitir el más sobrehumano de los prodigios. Y esta fe es un don de Dios (Mt 16,17); no se trata de algo pensado o imaginado por el hombre, sino de alguien que se nos revela y comunica amorosamente; es una participación en la amistad divina; el hombre es admitido por ella a los secretos de Dios: "Nadie conoce al Hijo sino al Padre, y nadie conoce al Padre sino al Hijo y aquél a quien el Hijo quisiere revelárselo" (Mt 11,27). "Ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman" (I Cor 2,9).

### SOLIDARIDAD DE CRISTO RESUCITADO CON TODOS LOS HOMBRES

La resurrección se nos revela como la extensión a la humanidad de la gloria y la vida divinas. Cristo sólo piensa en la gloria del Pa-

dre, y la manifiesta entregándose a El y a los hombres hasta la muerte de cruz por amor. Es así como se hace solidario con nosotros; Cristo no entra solo en la gloria, sino que se lleva consigo a los suyos: "Padre, los que tú me has dado, quiero que donde esté yo estén ellos también conmigo" (Jn 17,24). Este mismo sentimiento de solidaridad lo encontramos en Moisés, que prefería ser alejado de Dios antes que ser aceptado sin su pueblo; y en S. Pablo, dispuesto a ser anatema por su hermanos los judíos. Y es el mismo Pablo quien nos ha dejado la expresión más profunda de esta unión: "Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque el presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2,20).

Pero este don amoroso traspasa las mismas fronteras del cristianismo, haciéndose universal y contemporáneo: "Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual" (Vat II, Gs 22).

Tan intenso es el amor que Cristo nos tiene que lo compara con el que el Padre le profesa a El: "Como el Padre me amó, yo también os he amado" (Jn 15,9). El tenernos con El es su gran preocupación. Es el Enmanuel, el "Dios-con-nosotros", el Dios que no puede pasar ya sin los hombres, pues "Murió por nosotros para que en vida o en muerte vivamos unidos a El" (I Tes 5,10). Cristo entra en su gloria in-

vadido por esta misma preocupación: "Voy a prepararos un lugar... para que donde yo estoy esteis también vosotros" (Jn 14,2-3). Todos estos textos nos muestran la firme voluntad de Jesús de tener a los suyos consigo, sin los cuales estaría inacabada su resurrección en totalidad. Así nos introduce en el centro de su misterio. Es para hacer de su discípulo "otro El mismo" para lo que Cristo ha muerto y resucitado, compartiendo con él todo lo suyo, lo más constitutivo de su personalidad hasta llegar a decir la mañana de Pascua "Mi Padre y vuestro Padre", que nos introduce como hijos, haciéndonos partícipes de sus derechos: "Coherederos de Cristo" (Rom 8,17).

En definitiva, lo que quiere compartir con nosotros es el amor que el Padre le tiene: "Yo les dí a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn 17,26). Así pues, "Nuestro Señor Jesús fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación" (Rom 4,25), "a fin de que demos frutos para Dios" (Rom 7,4).

Esta solidaridad y estos frutos se manifiestan de una forma clara en la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. La cabeza no es nada sin el cuerpo; no puede concebirse sin él más que como algo monstruoso. A su vez, la ley de los miembros es la de tener conciencia de su condición y dependencia: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). La unidad del pan en la Eucaristía simboliza maravillosamente esta unidad de vida. Y la vida que circula por los miembros y los vivifica es la que está en la cabeza, desde donde se extiende a todo el cuerpo. Por esta razón el Apóstol Pablo no dudó en presentarnos a

Cristo como cabeza de su Iglesia, depositaria de la Alianza Nueva y Eterna en su sangre, pues "Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente" (LG 9).

## UNA VIDA NUEVA

"Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estais muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestareis gloriosos con El" (Col 3,1-4); porque "Cristo ha resucitado de entre los muertos para que nosotros vivamos una vida nueva" (Rom 6,4).

Tal es el sentido de nuestra vida al penetrar en el secreto del Padre por Jesucristo en el Espíritu, quedando unidos a la Resurrección. Con ella ha comenzado una nueva forma de existencia que nos introduce en un mundo de nuevos valores. En lugar de pensar Cristo en función de nuestro mundo terrestre, es preciso en adelante pensar y realizar el hombre y lo creado en función de Cristo Resucitado( inversión de valores).

Toda la originalidad de la Resurrección queda manifiesta en la descripción de sus principales aspectos:

- La Encarnación del Hijo, imagen del Dios invisible y plenitud de su divinidad, queda to-

talmente actualizada por la Resurrección.

- La Parusía de Cristo, Señor, es inaugurada; el reino ha llegado.
- La teofanía del Dios Trinitario a la humanidad ha sido consumada.
- El hombre y el universo están realmente salvados; mientras que las potencias del mal quedan vencidas definitivamente.
- La Iglesia, por obra del Espíritu, es constituída en depósito y realizadora de la misión de su fundador.
- La plenitud de los tiempos, ya comenzada, se proyecta en la vida eterna. Todos los misterios quedan revelados e inicialmente realizados.

Comprendemos ahora por qué la resurrección de Cristo se sitúa en el corazón de toda la revelación cristiana y de la fe de la Iglesia. Y desde el punto de vista histórico y teológico, toda la fe y los dogmas se construyen en función de la afirmación fundamental: "Jesús ha resucitado", "Jesús es el Señor". La Pascua responde a la pregunta radical que constituye la existencia de los hombres, y realiza la espera más profunda de toda la humanidad, porque engloba el misterio mismo del hombre formando la atmósfera de su vida.

Para el creyente, pues, Cristo no es una abstracción, sino Aquel para quien y por quien vive. Es el Tú en quien se confía y que compromete su vida. El, en una "metamorfosis" de amor, nos hace coherederos suyos: hemos sido transformados en hijos de Dios y en el Espíritu podemos gritar "Abba, Padre" (Rom 8,15-17). "En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Pa-

dre, y vosotros en mí y yo en vosotros" (Jn 14,20).

Los tres grandes principios de esta vida son las virtudes teologales. La fe nos concede el ser instruídos por Dios en su propio Hijo. Todo lo que nos falta de espíritu filial procede de nuestra falta de fe: es imposible que creamos firmemente que Dios ha resucitado al Señor y permanezcamos a la vez en nuestros pecados y bajo el peso de la ley.

La esperanza nos hace confiar a Dios por Dios mismo; toda ella se apoya en Cristo. Al prolongar infinitamente nuestro futuro, reduce nuestro pasado llenándonos de juventud profunda y espiritual.

En cuanto a la caridad, ella es el verdadero amor de Cristo para su Padre y para sus hermanos, compartido con nosotros y derramado por su Espíritu; es el gran móvil y mandamiento que nos urge.

Las grandes fuentes de esta nueva vida que nos salva son los sacramentos. Durante su vida mortal entre los hombre, Jesús se comunicaba por su presencia y acción directa; ahora que su estado glorioso excluye este tipo de presencia se vale del orden sacramental. Los sacramentos son citas y encuentros personales de cada uno de nosotros con El en la Iglesia, quien, una vez resucitado y antes de marchar definitivamente al Padre, había prometido: "Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (Mt 28,20). Ellos son, pues, signos claros de su Resurrección y permanencia entre nosotros.

El bautismo es el primero y más esencial, ya que hace posible que el hombre renazca por el agua y

por el Espíritu, insertándose en la muerte y resurrección de Cristo; de aquí que cobre pleno sentido en el marco de la noche pascual.

Al que ha recibido el bautismo, la confirmación lo afianza y robustece en la vida comenzada.

La eucaristía celebra el misterio de nuestra fe, actualiza en la Iglesia continuamente el misterio pascual, del que es memorial, y nos proporciona al mismo Cristo como alimento imprescindible de la nueva vida. Ella nos muestra, más que ningún otro sacramento, la infinitud de su amor y hace que nos resulte claramente explicable que la Iglesia haya puesto en labios de Jesús las palabras de Dios a su pueblo: "Pueblo mío, ¿qué podía hacer por tí que no haya hecho?". Estas palabras siguen resonando de una forma atemporal en toda la historia.

La penitencia manifiesta en la conversión del creyente su victoria sobre el pecado.

El sacramento del matrimonio hace que el amor que Cristo tiene a su Iglesia llene de nuevo sentido y significado el amor entre un hombre y una mujer.

El orden instituye el servicio para la unión y construcción de la Iglesia.

Finalmente, la unción de los enfermos hace presente el triunfo del Señor resucitado sobre la enfermedad y la muerte.

Ante las consideraciones anteriores, ¿cuáles son las características más significativas de esta nueva vida en Cristo resucitado?

- La alegría, el gozo auténtico que se desprende de sentirse amado y salvado por Dios, fuente de la verdadera paz interior.
- La sinceridad y la verdad, como expresión de la sencillez de quien sólo pretende hacer la voluntad de Dios entre sus hermanos y ver las cosas tal y como son, sin apasionamientos, idealismos o hipocresías.
- La libertad de los hijos de Dios, al comprender por el Evangelio que no dependemos más que de Cristo, cuya misión hemos de cumplir. Esa libertad que es fuente de la audacia ("parresía") y del compromiso radical.
- Por último, y no por ello la menos importante, el servicio, la apertura y la unión fraterna, pues el egoísmo y el aislamiento han sido vencidos por Cristo al identificarse con el prójimo y manifestar en él su voluntad.

Estos distintivos son, sin duda, los puntos cardinales de la vida pascual, y los que nos hacen, por sí mismos, testigos y signos de la Resurrección, pues todos ellos dejan entrever la transcendencia misericordiosa de Dios hacia los hombres y todos desembocan en el misterio de la caridad, que no es otro que el de Pascua y que hace exclamar aun a los paganos: "mirad cómo se aman".

## SOLIDARIDAD DEL CRISTIANO CON EL MUNDO

Por la resurrección de Cristo su humanidad se ha convertido en órgano de la presencia salvífica universal del Hijo de Dios entre los hombres y en el universo. Toda la historia de la salvación realizada en cada hombre personalmente y en la humanidad entera no es más

que una actualización particular y progresiva del misterio radical y total de Cristo, fuente de vida, "de cuya plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia" (Jn 1,16).

Con todo, en el mundo de nuestra experiencia no vemos todavía este cambio esencial. Los hombres no han dejado aún de sufrir y morir. Los pecados y la miseria continúan multiplicándose, las potencias del mal parecen seguir desencadenadas. Ante tal estado de cosas, y como contraste, el cristiano afirma que esto no es más que superficial, que es porque vivimos en la superficie por lo que nos parece que nada ha cambiado, continuando todo igual que antes de la Pascua, pero que la fe consiste precisamente en "afirmar la realidad que no se ve" (Hb 11,1), más profunda y esencial: que Jesús resucitado es ya el corazón glorioso del mundo, el principio existencial y trascendente de todos los seres, y que, por tanto, la humanidad entera se encamina infaliblemente hacia la glorificación de nuestro cuerpo y la libertad triunfante de los hijos de Dios, en la que participará, a su manera, el universo entero (Rom 8,18-23).

Pero precisamente por esto, creer que Jesucristo está actualmente vivo y actuante entre nosotros y adentrarse en el misterio pascual no quiere decir en absoluto evitar la cruz e instalarse en la facilidad, pues sólo "si sufrimos con El, con El reinaremos" (2 Tim 2,12; Rom 8,17); al contrario, es conformarnos en todo a Cristo: a sus reacciones, a sus proyectos, a su misión y gran mandamiento; no es miedo al pecado o temor al castigo, sino encuentro comunicativo y personal con El arrastrando todas sus consecuencias (Flp 2,5).

Y esta transformación progresiva en Cristo no es una tarea desencar-

nada y etérea o una situación intemporal, lejana y desentendida de la vida diaria y de la construcción del mundo. Lejos de apartarse de las realidades terrestres, el cristiano, por la fe pascual, encuentra en ellas una nueva razón para trabajar afanosamente junto a los demás hombres a fin de hacerlos más humanos y más capaces de servir al hombre y construir un mundo mejor. Si hoy llamamos hombre, hombre comprometido con su mundo a aquel que lucha por la libertad, la conciencia, la persona, la justicia, la verdad, la paz y el progreso, el cristiano debe gritar como ya lo hicieron Pablo y Teilhard: "¡mucho más yo!"; no es que se crea superior, sino simplemente que, además de las razones comunes de todos los hombres, él tiene una infinita e imperiosa que viene del mismo Cristo, el comprometido por excelencia.

Por tales motivos, el Vaticano II no ha desaprovechado ninguna ocasión para recordar a los cristianos sus deberes en el mundo de los hombres afirmando como elemento esencial e indispensable para su vida el trabajar por la realización y salvación de sus hermanos.

La resurrección de Jesús es, pues, la respuesta de Dios al grito de su Hijo y a la angustia del mundo desorientado y sin sentido; ella nos manifiesta el valor infinito e indispensable del hombre en el tiempo y más allá de él, ya que rompe las coordenadas del tiempo y del espacio, respeta y exalta todos los valores humanos, todas las dimensiones y aspiraciones de la humanidad, refiriéndolas y dirigiéndolas a su verdadero manantial. Es el corazón lleno de estos pensamientos el que puede meditar la gloria de Cristo y descubrir, con esta luz, su verdadera vocación de cristiano.

En esta misma dirección debe imbuirse el creyente de la intención suprema del Señor para comprender mejor la vida del hombre sobre la tierra y su significación teológica, y para desterrar definitivamente todo pesimismo sobre los valores humanos: ya nada es profano: "Constituído Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también con ese deseo aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin" (GS 38).

En fin, a la angustia del mundo, el mensaje pascual responde como una promesa reflejada en la esperanza de los cristianos; esperanza que no es vano optimismo, sino certeza de que ningún esfuerzo humano por la paz y el progreso de la humanidad dejará de tener sentido y valor; certeza también de que ningún sufrimiento del hombre se pierde y de que, más allá de nuestro universo, se prepara la tierra nueva donde reinará la justicia y el amor. Cristo mismo resucitado es la garantía de esta certeza.

DANIELOU, J., *La Résurrection*, (Ed. Du Seuil) París 1968.

DURRWELL, F., *La Resurrección de Jesús, Misterio de Salvación*, (Herder) Barcelona 1965.

LYONNET, S., *Presencia de Cristo y de su espíritu en el hombre*, en *Concilium*, 50 (1969) 566-578.

MURPHY-O'CONNOR, *Presencia de Dios a través de Cristo en la Iglesia y en el mundo*, en *Concilium* 50 (1969) 579-591.

NEIRYNCK, F., *Doctrina de San Pablo sobre "Cristo en nosotros" y "nosotros en Cristo"*, en *Concilium*, 50 (1969) 610-619.

PERRIN, J. M., *Il est ressuscité pour moi*, (Beauchesne) París 1969.

ROMANIUK, K., *"Yo soy la resurrección y la vida"*, en *Concilium* 60 (1970) 66-76.

SCHILLEBEECKX, *Cristo, Sacramento del encuentro con Dios*, (Dinor) 1968.